

Sumario:

La catequesis, en nuestra situación actual, tan rica y tan compleja, especialmente en lo concerniente a la edad adulta, requiere una mirada más profunda, que la lleve a rescatar la importancia y el debido interés porque sea una catequesis que conduzca a la madurez de la fe.

Los cambios
de la vida adulta
como ámbito
de la catequesis

P. Salim del Cristo Tobías Pérez
Secretario Ejecutivo del DECAT-DECOS, CELAM

El Consejo Episcopal Latinoamericano -CELAM- a través del departamento de catequesis -DECAT- se ha planteado como propósito pastoral, rescatar la catequesis de adultos a manera de paradigma de toda catequesis. En este contexto se han desarrollado los encuentros regionales con países Bolivarianos, del Cono sur y de México, Centroamérica y el caribe.

El propósito de este trabajo es ofrecer una plataforma pastoral de lo que se ha profundizado en el contexto de la catequesis de adultos. No se trata de categorizar un paradigma universal, tampoco se quiere demostrar nada, ni sostener una tesis para defender. Intentaremos simplemente encuadrar de forma panorámica una interpretación de lo que significa hacer catequesis de adultos.

A partir de esta premisa propuesta ahondaremos la reflexión con las siguientes partes:

1. ¿Qué significa ser adulto?
2. Los cambios de la vida adulta: tipología, psicología
3. Las etapas críticas de la vida adulta
4. Consideraciones pastorales catequéticas
5. Las competencias de los catequistas de nuestro tiempo

1. ¿Qué significa ser adulto?

Las ciencias antropológicas, pero sobre todo las Psicológicas se encargan de situarnos en el contorno del adulto y su proceso evolutivo. Los psicólogos consideran que la vida humana evoluciona en forma contextual. El contexto es el lugar donde establecemos relaciones profundas que le dan sentido a nuestra vida. Tocar el tema del adulto es más cómodo que hacerlo como adulto. El adulto constituye un



universo personal, cada uno lo vive a partir de su experiencia. Sin embargo resulta interesante la interpretación que hace la psicología para tomar en cuenta la complejidad existencial que constituye el sistema operativo del ser humano.

El adulto en general, es conceptualizado por los psicólogos, como la persona que se desarrolla en un contexto histórico concreto, capaz de asumir un proceso de identificación de su ser, tras dejar atrás una herencia infantil y adolescente.

En las ponencias de las reuniones regionales, los expertos en el tema aprueban los diversos criterios para determinar el concepto de adulto, algunos destacan que los rasgos sobresalientes de la personalidad del adulto conciernen a la aceptación de responsabilidades frente a los hechos de la vida, al predominio de la razón sobre los sentimientos y al equilibrio de la personalidad en cuanto liberación de la dependencia infantil de su Padre y de su Madre para lograr vivir su propia autonomía¹. Psicólogos como Amalio Blanco², enfatizan la perspectiva psicosocial y configuran la vida adulta por eventos y metas socioculturales fronterizadas. A pesar, de que los eventos son múltiples y variados, es la vida familiar y la ocupacional las que se constituyen en el centro y preocupación durante la adultez.

En definitiva, los estudiosos del tema coinciden en que el adulto, es aquel individuo que posee un nivel suficiente de desarrollo de los diversos componentes de la personalidad. La psicología evolutiva, sin embargo, no se detiene a definir el concepto de adulto, sino que también establece la edad y el tiempo cronológico como instrumentos de apoyo para determinar etapas y tareas de desarrollo de la vida adulta. No obstante advierten que no es únicamente el sentido cronológico lo que define la adultez o la madurez, sino el conjunto de actitudes y eventos que se suceden a lo largo de una serie de años que varían según las sociedades y los momentos históricos.

¹ CELAM; CONEC., *Catequesis de adultos: desafíos de la nueva evangelización*, San José: CONEC, 1999, p. 13-17

² Blanco A., *Factores psicosociales de la vida adulta, en Psicología evolutiva. Adolescencia, madurez y senectud*, Madrid: Alianza editorial, 1995.



Debido a la complejidad de la vida adulta, los teóricos tienden en general a dividir el proceso evolutivo del adulto en tres fases:

- 1) Adulthood temprana (22-40 años).
- 2) Adulthood medio (40-60 años).
- 3) Adulthood ascendente (60 años en adelante).

No subrayo de una vez la serie de características que se reconocen típicamente en cada una de éstas etapas del adulto, para alejarme de la consideración de la vida adulta como perspectiva de estabilidad y madurez. La experiencia de la edad adulta es otra cosa, el sentimiento de estabilidad es con frecuencia puesto en duda por la conciencia de la necesidad del cambio. En este contexto me apoyaré para intentar en la segunda parte mirar la transición que dinamiza y nos sorprende de la vida adulta.

2. Los cambios de la vida adulta: tipología, psicología

Más allá de la selección de un vocabulario siempre discutible, nos situaremos en la perspectiva de evocar una experiencia reciente de transición o de cambio en nuestra propia vida como punto de partida de las consideraciones que proponemos en la reflexión.

Haga memoria sobre estos últimos meses, o últimos años de algún acontecimiento que haya marcado una transición. Seleccione de este recuerdo los aspectos ricos, recuerde su contexto: ¿qué implicaciones ha tenido para Ud.? En la medida de lo posible evoque los hechos de la experiencia y deje volver los sentimientos que la acompañaron. Es necesario hacer el ejercicio con responsabilidad, pero sobre todo con sinceridad. El ejercicio no es una terapia, es simplemente una experiencia.

504

Ahora visualice las siguientes preguntas que tienen como objetivo ayudarle a su reflexión: ¿Qué significado tiene para Ud. Esta experiencia en este momento? ¿Qué le ha revelado la experiencia para su vida? Hay algunos aspectos de la experiencia que afectan actualmente su vida?



- ¿Quién Soy yo?
- ¿Cuáles son mis afectos?
- ¿Cómo me relaciono con los demás?
- ¿Qué debo hacer?
- ¿Qué significa todo esto?

Estas preguntas las podemos hacer en todos los niveles. Pueden ser el tema de conversaciones banales que nosotros tenemos con la gente en situaciones fortuitas diferentes. Sin embargo, cuando nos hacemos estas preguntas en la angustia de una crisis personal, ellas pueden adquirir una significación individual muy profunda. Son preguntas humanas que tratan los grandes autores de literatura en cada cultura, pero son igualmente preguntas religiosas que se responden en los sermones y catequismos.

Son preguntas frecuentes de la experiencia humana, que no siempre encuentran una respuesta satisfactoria, y es por eso que interesan también a la Psicología. Ellas además subrayan los problemas que se sitúan en el centro de la madurez Psicológica e indican los recursos de la personalidad.

Para el psicólogo las preguntas están ligadas unas con las otras. Asumen un carácter de correlatividad, es decir, la experiencia de un fracaso o una derrota en el trabajo me pueden hacer dudar de mí mismo. La experiencia de ser amado, puede llevarme a una nueva inteligencia sobre lo que es mi vida. Sin embargo los psicólogos del desarrollo piensan que existe un estilo a través del cual estas preguntas se expresan.

Durante la adolescencia, la pregunta "¿Quién soy yo?" es fundamental, en esta etapa el problema de la identidad funcional es central. Es una pregunta como ya lo dije que también se hace el adulto; no entramos a juzgar si ha o no resuelto el problema de la identidad. Desde el principio hasta la mitad de la edad adulta, las preguntas entorno a la afectividad y a las relaciones con los demás resultan pertinentes. A una edad madura avanzada, no obstante la pregunta preocupante es "¿Qué significa esto para mí?" El sentido de mi propia vida, es un problema que se presenta constante.



Según Eric Erikson, éstas preguntas son paralelas a los problemas del desarrollo adulto. Cada persona afirma Erikson dispone de una gama de energías y de recursos Psicológicos. Estos recursos se basan en la constitución genética de la especie humana y en consecuencia, son dadas a cada individuo en el instante de su concepción. Desde el principio de la vida esas energías existen poderosamente, lo que pasa es que nos damos cuenta poco a poco, en el curso de la vida, que ellas constituyen las características propias de la personalidad. “El proceso del desarrollo de la personalidad no se produce únicamente durante la infancia o la adolescencia, sino que continua toda la vida”.³

3. Las etapas críticas de la vida adulta

Existen momentos en la vida adulta, en los que una persona pasa por periodos de desarrollo del conocimiento que adquieren una importancia especial. Nos vemos confrontados decisivamente con nuestro entorno. Esto provoca cambios en nuestra vida que nos disponen a aceptarlos con disponibilidad renovada. Esta disposición se refuerza aún más por las responsabilidades asumidas que solicitan de por sí un cambio.

Durante la etapa de la edad joven adulta, la preocupación subyacente es saber como se puede estar cerca de las otras personas. En la mitad de la etapa adulta, la cuestión concierne a la inquietud que se siente de estar ya inmerso en el mundo. Es difícil asumir que ahora, lo que vivo, no es como antes. Los años de la madurez avanzada, la intranquilidad se presenta por el deseo de encontrar sentido a la propia existencia.

El adulto reciente una oposición entre las invitaciones y las exigencias de lo que esta experimentando y el orden establecido de la vida corriente⁴. Para el joven adulto la oposición se sitúa entre los nuevos impulsos relativos a su intimidad y el aislamiento. Por una

³ Erikson Eric H., *Childhood and Society*, 2nd ed. New York: Norton, 1963, p. 271

⁴ Erikson Eric H., *Identity: Youth and Crisis*, New York: Norton, 1968, p. 96.



parte se estimula por la esperanza de descubrir su compañía amada para compartir su existencia, el trabajo, el amor, susceptible de procurar satisfacción y enriquecimiento. Por otra parte, el joven adulto quiere proteger y defender los sentimientos de independencia personal que ha logrado recientemente.

En la etapa adulta intermedia, la oposición está entre el deseo de alargar el campo de sus relaciones de modo a comprometerse más efectivamente en la expandida red social, y el deseo de concentrar sus esfuerzos y sus energías en sí mismo y en un círculo estrecho íntimo. En la madurez avanzada, la confrontación entre sí mismo y la sociedad suscitan nuevos impulsos. Hay tendencia a una auto evaluación que puede conducir a la aceptación de una vida significativa y útil. Se tiene también la tendencia de protegerse contra las debilidades de la edad y del carácter inevitable de la muerte. En este caso el obstáculo se ubica entre el movimiento de la integridad personal y la desesperanza.

4. Consideraciones pastorales-catequéticas

Nos encontramos desafiados por la cultura postmoderna que ha derrumbado los muros ideológicos que ocultaba la dimensión religiosa, el mundo no es como era antes, los acontecimientos del 11 de Septiembre que removieron la sociedad estadounidense han polarizado de nuevo las culturas y la interpretación de los acontecimientos tiende a utilizar el nombre de Dios para legitimar intereses particulares.

Las situaciones de la vida actual de nuestra sociedad electrónica y altamente mediática, además de compleja absorbe la energía vital del adulto, los mantiene con frecuencia sobre la superficie de la existencia y les da la impresión de estar determinado por el exterior. El acceso a su propia interioridad y por consecuencia a la profundidad de la existencia está cerrado. En general, el adulto de la sociedad contemporánea está confrontado a su forma de vida y a sus programas de vida que le hacen difícil la orientación de su vida.

En este panorama, a la Iglesia se le presenta un problema pastoral, que antes de ser práctico, es un problema de mentalidad teológica y quien no está dispuesto a revisar su teología no podrá realizar un



cambio significativo. Podemos anunciar por regla general que toda religión está ligada a una cultura en la cual se inserta, esta regla vale para todo cristiano y no es posible entender y transformar la complejidad de esta cultura sin entender las grandes peripecias que la marcan.

La catequesis es el origen de todas las teologías, acaso los evangelios no fueron escritos para que la historia de Jesús sea contada a todos los hombres con el fin de llevarlos a imitar a Jesús? La catequesis en un criterio amplio se sitúa para hacer dialogar la fe y la cultura y nuestro caso para generar generaciones de comunidades adultas.

La catequesis de adulto al ir dirigida a personas capaces de una adhesión plenamente responsable debe ser considerada como la forma principal de catequesis a la que todas las demás formas de catequesis de alguna manera se ordenan (Cf. DGC 59; CT 43). Esto implica que la catequesis de otras edades, aunque tienen su propia importancia, debe referirse y articularse con ella en un proyecto catequético coherente de pastoral en la comunidad local, es decir, los procesos de la Iglesia no pueden realizarse por separados.

La experiencia nos muestra que el adulto capaz que tenemos, sin embargo tipologicamente es dualista, silencioso, dependiente, manipulado, fanatizado, que toleran a su Iglesia. Practican la religión como especie de refugio que todo lo soluciona y donde encuentra paz y consuelo. No se plantea problemas existenciales, acepta su religión como otra forma de cultura, como la lengua.

La fe del adulto se apoya muchas veces por criterios de autoridad y no de razón. Una fe soportada más por la autoridad divina o eclesial, que no valora el espíritu crítico y no se plantea las grandes cuestiones de la humanidad.

La catequesis de adulto propone el camino de seguimiento de Cristo encarnado en las situaciones concretas de la vida adulta. Trata de crear las condiciones favorables para vivir su condición de adulto. Esto exige concretamente implementar los procesos catequéticos de adultos en estas o parecidas direcciones⁵:

⁵

Propuestas ratificadas de los trabajos en grupos, durante el encuentro regional de México, Centroamérica y el Caribe sobre Catequesis de adultos realizado en Guadalajara. (Sep 2001).

- i. Una catequesis del discernimiento como camino de sabiduría.
- ii. Una catequesis de la consolidación de las opciones ya hechas como fuente de sentido cotidiano irrenunciable
- iii. Una catequesis que convoca a vivir la fe en medio de unas antinomias típicamente cristianas: ruptura-continuidad; tradición-actualidad; provisionalidad-permanencia; fidelidad-creatividad; pérdida-ganancia; debilidad-fuerza; grandeza-pequeñez; señorío-servicio; pobreza-riqueza; muerte-vida.
- iv. Una catequesis de la madurez no como punto de llegada que se concluye, sino como actitud de apertura permanente a posibilidades inéditas de crecimiento incesante
- v. Una catequesis del realismo adulto que le permita reconciliarse con su condición de adulto, sin idealizaciones, excesos o deformaciones generadoras de sufrimiento
- vi. Una catequesis que ofrece recursos para hacer frente a situaciones y experiencias humanas, intensamente vividas por el adulto, aunque no sean exclusivas de él, por ejemplo: la crisis, la derrota, la soledad, el progresivo deterioro, los estados neuróticos, el inevitable empuje de las generaciones nuevas, la asimilación del éxito, entre otros.

5. Las competencias de los catequistas de nuestro tiempo

Al llegar a este punto de la reflexión, señalo una serie de aspectos que percibimos y que merecen identificarlos de tal manera que nos permitan tomarlos en cuenta en la reflexión dado que han emergido de las propuestas presentadas en las reuniones regionales, especialmente la realizada en Guadalajara en el mes de Septiembre del año 2001.

1. El Catequista debe tener grandes capacidades para discernir la diversidad de las situaciones y el mercado libre religioso.
2. Es necesario un catequista formado en la concepción de que no existe el adulto como tal, sino que el adulto constituye un universo personal, cada uno lo vive a partir de sus experiencias.
3. El catequista debe adquirir una formación educativa adulta y una vida de comunidad, en la Iglesia local, y no una formación abstracta.

4. Un catequista con capacidad de dialogo ecuménico en actitud libre de prejuicio, de crítica y compromiso social.
5. Un catequista con una visión del cristianismo no ideológica y cuantitativa, sino centrada sobre lo esencial de la fe: palabra de Dios que hace vivir, valorizar lo humano, dar cualidad a la vida, exorcizar la angustia y atravesar el ateísmo contemporáneo.
6. El catequista inseparable de una concepción de la Iglesia inserta en la sociedad, que propone una catequesis del discernimiento como camino de sabiduría, de sentido bíblico, que vive la rectitud del corazón y hace lo que es grato a los ojos de Dios
7. Un catequista que propone una catequesis de la consolidación de las opciones ya hechas como fuente del sentido cotidiano. El matrimonio, el trabajo, la política, etc.
8. Un catequista que propone una catequesis de la madurez como apertura permanente. La imagen de Dios que nos sorprende cada día. Catequesis del realismo.

A manera de conclusión es necesario decir que constatamos la insuficiencia del conocimiento que se tiene acerca de las diferencias de los adultos de acuerdo con su condición de género, lo cual es significativo en cuanto a la definición de estilos de vidas, oportunidades y condicionamientos.

De igual manera, carecemos de estudios que den cuenta de las características del adulto en contextos socioculturales diversos como pueden ser los de las zonas rurales los emigrantes, las minorías étnicas a los sectores de población que viven en condiciones de marginalidad debido a sus pocas posibilidades de acceso al mundo educativo y laboral.

Hay la convicción profunda que la catequesis de adulto reflejará la Iglesia futura y ha de constituir una auténtica experiencia de comunidad cristiana, en la que debe ser posible profundizar y vivir en forma comunitaria la propia fe.